

CAPÍTULO 6

Tecnologías digitales y juventudes en Argentina

Darío Medina

Las tecnologías de la comunicación en el terreno cotidiano: un breve marco a partir de datos cuantitativos

La importancia y la penetración que tienen hoy el uso de Internet y las tecnologías de la comunicación en la gran mayoría de argentinos y argentinas se evidencian en las estadísticas disponibles. El informe sobre el acceso y uso de tecnologías de la comunicación realizado por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) en relación al cuarto trimestre de 2016 aporta datos significativos en materia de acceso y uso de las tecnologías de la comunicación. Se confeccionó de acuerdo a la Encuesta Permanente de Hogares (EPH)¹⁵ y su objetivo fue relevar las características de acceso a tecnologías en hogares y su uso por parte de la población de 4 años y más. Los indicadores que aporta son a nivel nacional: el 66% de los hogares urbanos tiene acceso a computadora(s) y el 71,8%, a Internet. Además, los datos muestran que, en la Argentina, casi 8 de cada 10 personas (78,9%) emplean teléfono celular y 7 de cada 10 (71%) utilizan Internet (Indec, 2017).

Asimismo, de acuerdo a la Encuesta Nacional sobre Acceso y Uso de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (ENTIC), realizada en 2015¹⁶, comparando los años 2011 y 2015, los hogares accedían a una computadora en un 56,4% y 67% respectivamente; y en cuanto a Internet, un 48% y un 61,8%, respectivamente. Vemos que ha decrecido un punto porcentual el acceso a computadoras de 2015 a 2016 pero se ha incrementado fuertemente el uso de Internet en esta última década: de 48% en 2011 a 71,8% en 2016 (Indec, 2015b; 2017).

En cuanto a los datos de la Encuesta Provincial de Juventud 2016 de la provincia de Buenos Aires (2017) –realizada desde el Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires a través de la Dirección Provincial de Estadística (DPE), dependiente de la Subsecretaría de política y coordinación económica, y en articulación con la Dirección Provincial de Juventud–, el teléfono celular es la tecnología más extendida (88%) en las y los jóvenes,

¹⁵ La EPH se basa en una muestra probabilística, estratificada, en dos etapas de selección. Dicha muestra está distribuida a lo largo del período respecto del cual se brinda información (el trimestre) y el relevamiento se desarrolla durante todo el año. El tamaño de muestra del trimestre descrito es de 26.130 viviendas. La encuesta produce estimaciones trimestrales válidas para cada uno de los 31 aglomerados urbanos.

¹⁶ La ENTIC se administró a 3.804 hogares, pertenecientes a una muestra probabilística de viviendas particulares en los 31 aglomerados urbanos relevados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Este conjunto de aglomerados cuentan con más de 26,8 millones de personas. Asimismo, fue dirigida a personas de 5 años y más, por lo cual su representación alcanza a 8,4 millones de hogares y más de 24,7 millones de personas de dichas edades.

seguida por la computadora de escritorio (44,7%). Asimismo, las principales actividades que desarrollan a través de internet son: uso de redes sociales (90,2%) y chatear (81,5%). Jugar juegos y videojuegos y comprar, pagar o hacer trámites, son actividades más desarrolladas por varones (57,0% y 21,3% respectivamente) que por mujeres (30,9% y 16,4% respectivamente) (EPJ-DPE, 2017)¹⁷.

Otro indicador es la Encuesta Joven 2014¹⁸, realizada a jóvenes de entre 15 y 29 años, residentes en CABA y en hogares o viviendas particulares. La misma expresa que cerca de 9 de cada 10 jóvenes (87%) tienen acceso a Internet desde su hogar y 3 de cada 100 jóvenes de la ciudad dicen que no utilizan Internet (2,9%). A su vez, 9 de cada 10 jóvenes tienen una computadora en su hogar (89,3%); 7 de cada 10 tienen una computadora para uso personal (72,3%); y 8 de cada 10 tienen acceso a teléfonos celulares con conexión a Internet (83,5%) (Observatorio de la Juventud GCABA, 2014). La Encuesta Joven 2016¹⁹, si bien es más reciente, no aporta datos en torno al acceso y uso de las tecnologías de la comunicación. Sí lo hace respecto de los consumos culturales (García Canclini, 1995), donde los resultados arrojaron que el 89,3% de los y las jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires participa del consumo cultural –música, literatura, artes audiovisuales, artes escénicas, etc.– y el 23,2% realiza actividades vinculadas a la producción de las mismas (Observatorio de la Juventud GCABA, 2016).

Otras investigaciones más antiguas –con otros recursos y otras fuentes– sostienen que en Argentina el 95% de las y los jóvenes tiene acceso a Internet; de ellos y ellas, el 40% tiene conexión en su casa y el 60% accede a través de locutorios o cibercafés, hoy casi extintos en lo que concierne a este tipo de uso. Además, el 70% de jóvenes de entre 13 y 17 años tiene un perfil personal en alguna red social (Morduchowicz, 2012: 9).

Según *Internet World Stats* (2017), con los 29 millones de usuarios que tiene en Argentina, a *Facebook* le sobra para ser la plataforma más utilizada en nuestro país. Y Argentina se lleva el puesto número 2 en América Latina ya que se encuentra detrás de Brasil –y con una penetración de 78,6% sobre la población total–.

¿Qué queremos dar cuenta con estos datos cuantitativos? Que las tecnologías de la comunicación están y, en su mayoría, forman parte de la vida cotidiana, de múltiples socializaciones y de la socialidad –la trama que forman los sujetos en sus luchas por romper el orden y rediseñarlo; las negociaciones cotidianas con el poder y las instituciones (Díaz Larrañaga, Grassi y Mainini, 2011)– de las juventudes y también de las y los adultos. Aunque se apropien asiduamente de dispositivos digitales, en términos de Winocur (2006), no lo hacen al margen de las instituciones donde se organiza su vida cotidiana, sino precisamente desde esos lugares. Pensando en el próximo apartado y sobre todo en las conclusiones del cuadro, cerraría este apartado incorporando ya la idea de que los usos sociales de las tecnologías no son homogéneos,

¹⁷ Acerca del relevamiento, el trabajo en campo se realizó durante el mes de agosto de 2016. Se visitaron 3.225 hogares y se entrevistaron a 2.766 jóvenes. A cada hogar seleccionado se le administró un cuestionario hogar y, dentro de los hogares que efectivamente tenían algún miembro joven –fijados para esta encuesta entre los 15 y los 29 años–, se administró un cuestionario individual a cada joven (EPJ-DPE, 2017).

¹⁸ La Encuesta Joven se institucionalizó como herramienta de investigación mediante la Ley N° 4433 del año 2012.

¹⁹ De acuerdo a lo enunciado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, la Encuesta Joven 2016 continuó con una muestra de 800 casos e introdujo un avance importante en materia de detalle de las estimaciones. El diseño estratificado de la muestra permite obtener estimaciones desagregadas a nivel de comunas y mejorar la precisión de las estimaciones de fenómenos de baja incidencia y de alta relevancia social como el embarazo adolescente.

sino que por el contrario, como veremos a continuación, guardan estrecha relación con condiciones sociales que conviven en las que el uso de las tecnologías tiene lugar. En este sentido, es que postulamos la necesidad de comprender los usos diferenciados y las condiciones que los favorecen.

Dispositivos digitales y juventudes: ¿una relación naturalizada?

La cotidianidad que enunciábamos anteriormente se percibe también por grupos de edades. De acuerdo al informe sobre el acceso y uso de tecnologías de la información y la comunicación del INDEC (2017), sólo la franja etaria más alta –de 65 años en adelante– utiliza muy poco Internet (29,9%), computadora (16,9%) y celular (55,9%). El resto se mantiene medianamente estable, salvo la franja de 4 a 17 años donde el uso del celular cae (56,1% ante un 92% promedio) y podría deberse a que padres, madres y algunos especialistas consideran que esta tecnología no es apropiada para menores de 10 años. De hecho, según datos de la multinacional de telecomunicaciones *Movistar*, las y los menores de entre 9 y 13 años entienden que la edad adecuada para tener un celular propio es entre los 8 y 9 años, aunque la edad real donde ya tienen su primer dispositivo es entre los 11 y 12 años (Slotnisky, 2015). No obstante, al observar los datos por nivel educativo en relación a las franjas etarias donde ‘entraría’ conceptualmente la categoría de juventudes, vemos cómo aparecen las brechas, las desigualdades:

Tabla 1.1: uso de tecnologías de la comunicación por edad y nivel educativo

Uso de tecnologías de la comunicación						
Grupo de edad y nivel educativo	Internet		Computadora		Teléfono celular	
	Sí	No	Sí	No	Sí	No
De 4 a 17 años						
Primaria incompleta	74,2	25,8	52,1	47,7	43,8	56,2
Primaria completa	59,2	40,3	26,1	73,9	84,9	15,1
Secundaria incompleta	88,6	11,3	68,1	31,7	83	16,9
Secundaria completa	70,9	29,1	49	49,7	97,3	2,7
Sin instrucción	49,3	50,6	28,9	71	25,2	74,7
De 18 a 29 años						
Primaria Incompleta	61,7	38,3	28,4	71,6	67	33
Primaria completa	64,5	35,4	25,9	74	85,3	14,5
Secundaria incompleta	80,1	19,7	43,9	55,6	90,4	9,5
Secundaria completa	86,9	12,7	51,1	48,5	96,5	3,4
Superior y universitaria incompleta	96,8	3,1	81,5	18,3	97,9	2
Superior y universitaria completa	96,1	3,5	77,6	22,1	98,5	1,5
Sin instrucción	44,1	55,9	18,8	81,2	63,1	36,9

Fuente: elaboración propia con datos del INDEC-EPH (2017).

Como se puede apreciar, tanto la franja que va de los 4 a los 17 años como la de 18 a 29 dan cuenta de cómo el nivel educativo incide directamente en las posibilidades de usar o no usar una tecnología de la comunicación; de acceder o no; de formar parte o no. En suma, en las juventudes, a mayor educación, mayor uso de las tecnologías de la comunicación; podríamos sostener que hay una relación cuasi proporcional entre ambas variables.

Jóvenes como nativos digitales

Los datos anteriormente citados no hablan por sí solos; en este sentido, recurrimos a miradas propias de las ciencias sociales que nos permiten comenzar a deconstruir la categoría de nativos e inmigrantes digitales, una nomenclatura acuñada por Mark Prensky (2001) en la que se focalizó en la experiencia juvenil con las tecnologías de la comunicación a partir de su distinción entre pares y con las y los adultos. En palabras del autor, los nativos digitales serían las y los jóvenes nacidos/as a mediados de los 80 y principios de los 90, que crecieron rodeados de tecnología: computadoras, videojuegos, celulares y otras *herramientas* de la era digital; y que implícitamente ya cargan con competencias para apropiarse de esos dispositivos, ya que ese entorno tecnológico los acompaña desde el comienzo de sus vidas. En cambio, los inmigrantes digitales –adultos–, al pasar por un proceso de extrañamiento con los dispositivos que antes no existían, deben adaptarse a las “nuevas” tecnologías de la comunicación.

Mientras que los jóvenes han nacido y crecido junto a las TIC y sus vidas están indisolublemente atravesadas por ellas –de allí que les resulte difícil pensar sus vidas sin las TIC o separar sus usos tecnológicos del resto de sus dimensiones vitales–, los adultos las viven como objetos extraños, incorporados desde fuera y cuya utilización debe estar mediada por una intencionalidad bien marcada (Aguerre *et al.*, 2010: 4).

En esta línea, entendemos que la tecnología está asociada a los y las más jóvenes; aseveración con la que estamos de acuerdo ya que, como bien lo explica Marcelo Urresti (Urresti, Linne y Basile, 2015) en *Conexión total: los jóvenes y la experiencia social en la era de la comunicación digital*, a lo largo de la historia reciente fueron jóvenes menores de 30 años los que crearon, innovaron y construyeron las tecnologías digitales que hoy conocemos: de *Microsoft* a *Snapchat*, pasando por el software libre, *Google*, *WhatsApp*, *Instagram*, etc., todas fueron invenciones juveniles. Varios años antes, esta idea fue desarrollada por Manuel Castells (2000: 421-422) en relación a que la red tiene un origen universitario, desarrollada y llevada adelante por estudiantes avanzados o recién graduados y profesores. No obstante, en ese primer capítulo, Urresti *et al.* (2015: 30) se refiere a los nativos digitales como “niños que interactúan desde edades muy tempranas con computadoras personales hogareñas ya conectadas a la red” dejando de lado que la posesión, el acceso y las competencias culturales y cognitivas no son uniformes ni homogéneas –en *Ciberculturas juveniles*, Urresti (2008) sostendrá que estos nativos digitales son hijos de esas generaciones jóvenes que fueron madurando con el correr de

la digitalización—. La interactividad, entendida como la participación activa y los procesos de recepción de los usuarios (Scolari, 2008: 78), está condicionada por los contextos: por lo económico, la localización geográfica, la política, los grupos de pares, etc. Es por ello que nos parece apropiada la categoría de nativos digitales, siempre que se evidencie su universo de significación. El nativo digital es aquel que llega al mundo —ahora sí, independientemente del lugar geográfico y de otros condicionantes— cuando la digitalización ya se ha hecho carne en la cultura, cuando habita entre jóvenes y adultos/as, independientemente de cuán inmerso se halle cada uno de ellos y ellas en las computadoras, videojuegos, celulares y el resto de los *gadgets* digitales.

Cabe destacar que entendemos la categoría de generación desde los postulados de Mario Margulis y Marcelo Urresti (1998), quienes sostienen que generación remite a la edad pero procesada por la cultura y la historia; que da cuenta del momento social en que una cohorte se incorpora a la sociedad, lo que define características del proceso de socialización, e incorpora a la misma los códigos culturales que imperan en una época dada y con ellos el plano político, tecnológico, cultural, artístico, etc. Ser parte de una generación implica haber nacido y crecido en un determinado período histórico y con su particular configuración.

Asimismo, como bien lo explica Tomás Bergero Trpin en el capítulo 2 de este libro, "Una mirada ecológica sobre los medios de comunicación", diversos autores han construido múltiples categorías para hablar de jóvenes y su capacidad para aclimatarse al ¿nuevo? ecosistema mediático.

Generación millennial, generación digital (González Aldea & López Vidales, 2011) o Net-Generation (Tapscott, 2008), aunque también son conocidos como nativos digitales (Prensky, 2001). En este sentido, fueron los investigadores Neil Howe y William Strauss (2000) los que acuñaron el término "generación millennial" para referirse a los jóvenes nacidos entre los años 1985 y 2000, que habían crecido conectados a Internet y familiarizados con los ordenadores, los teléfonos móviles y otros avances propios de la era informática. A esta generación la precede la Generación Y (Bolton et al., 2013), y le sigue la ya bautizada como Generación Z con aún mayores aptitudes digitales (Lago Vázquez et al., 2016: 1153).

Piscitelli (2008: 48) también apunta que hubo muchos nombres que quisieron encapsular lo distintivo de estas generaciones de jóvenes estudiantes como "generación N" —por Internet— o "generación D" —por Digital—. Coincidimos con él en que el epíteto que mejor da cuenta de estas juventudes es el de 'nativos digitales'.

Entonces, ¿es correcto llamarlos "nativos digitales"? Puede ser, siempre que se atienda a las brechas —que no son sólo económicas o generacionales—. Como pudimos observar en el cuadro de INDEC sobre acceso, en una misma generación hay brechas de acceso. Y cuando son de acceso, cognitivas, educacionales, las brechas de uso se acentúan más.

Por brecha entendemos la separación que existe entre personas, instituciones, sociedades o países que acceden y utilizan tecnologías de la comunicación —computadoras, celulares,

tablets, y principalmente Internet– cotidianamente y aquellas que no pueden hacerlo, ya sea por no tener o no entender su funcionamiento.

Alejandro Piscitelli (2008) sostiene que, al margen de las diferencias de acceso donde en las periferias son aún más acentuadas y brutales, lo que más interesa es saber hasta qué punto las funciones intelectuales, las habilidades cognitivas y las capacidades para volver inteligible el presente difieren o no en la generación digital respecto de sus padres o abuelos. Su mirada está puesta en las diferencias de las generaciones y no hacia el interior de cada una. ¿No importa el 81,2% de aquellos o aquellas jóvenes que tienen entre 18 y 29 años, que no han tenido instrucción y nunca han usado una computadora? ¿O no interesa lo que sucede con el 74% de las y los jóvenes que tienen entre 18 y 29 años, que han logrado terminar la escuela primaria y nunca usaron una computadora? A nivel nacional, son más de un millón y medio las y los jóvenes de entre 18 y 29 años que han alcanzado la primaria como nivel educativo máximo, de acuerdo a los datos recabados del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2010 (Indec, 2015)²⁰.

Para estas epistemologías que buscan rubricar estereotipos para poder diferenciarlos, parecería que estos “nuevos excluidos”, “nuevos marginados”, importan poco. Y, curiosamente, son casi los mismos marginados que los que los medios de difusión masivos construyen cotidianamente como los peligrosos, “los desangelados”, en términos de Florencia Saintout (2013: 53), posicionándose desde el discurso de la seguridad ciudadana; jóvenes cargados de estigmas, que no tienen nada para perder, que son la causa del deterioro de la sociedad y son, fundamentalmente, varones.

Si todas las y los jóvenes son nativas o nativos digitales estos sujetos *entran* en una categoría que aún no han creado; pero no por falta de chispa para dar con el epíteto más original o correcto, sino porque para estas matrices de pensamiento no importan. Y es acá donde comienza a cobrar mayor importancia lo educativo y lo cultural que la conectividad técnica a nivel país articulado al acceso a las tecnologías de la comunicación, como señalaría Castells (2001).

De la brecha tecnológica a las políticas públicas

Desde comienzos de la década del noventa, la digitalización ha traído una fuerte y profunda transformación económica, política, social y cultural para América Latina, donde hoy las posibilidades de acceso a las tecnologías de la comunicación son determinantes; lo que deja en evidencia, siguiendo a Victoria Martin (2016), tres elementos clave de la brecha tecnológica en el contexto latinoamericano: la brecha en el acceso a las tecnologías de la comunicación –tanto la

²⁰ Estos datos fueron contruidos a partir de la base de datos Redatam del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas, 2010. Redatam es una solución tecnológica desarrollada por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), de las Naciones Unidas (UN), con el propósito de aportar un conjunto de herramientas a los países de la región, para la caracterización y el análisis local, provincial y regional de los microdatos censales. La base Redatam permite disponer rápidamente y de manera sencilla de distribuciones de frecuencias, cruces de variables y otros cuadros obtenidos a partir de los microdatos censales, dando respuesta a la necesidad de contar con estadísticas oportunas.

desigualdad de las poblaciones en el interior de cada país, como hemos visto que ocurre con nuestras juventudes, como entre países—, la brecha en el uso y la apropiación de las mismas y la brecha en las expectativas de las juventudes respecto de lo que disponen en las instituciones educativas y lo que ellos y ellas quieren o buscan hacer.

Desde 2010, la tendencia a nivel regional confluye hacia el Modelo 1 a 1. Tales los casos que apuntan al sistema educativo completo, como el PLAN CEIBAL (Uruguay) y CONECTAR IGUALDAD (Argentina); las iniciativas de alcance mucho más acotado que no alcanzan a cubrir el 25% de su proyección, como PROUCA. UCA UM COMPUTADOR POR ALUNO (Brasil), COMPUTADORES PARA EDUCAR (Colombia), CONECTÁNDONOS (Costa Rica), MI COMPU Y CERRANDO LA BRECHA DEL CONOCIMIENTO (Ecuador), UNA LAPTOP POR NIÑO (Haití) y otras iniciativas OLPC en Perú y en Paraguay, por referenciar algunos casos; o los programas destinados solo a equipar y a capacitar docentes, como una computadora por docente (Bolivia y Paraguay) (Martin, 2016: 4).²¹

En Argentina, las brechas económicas, generacionales o cognitivas en relación a las tecnologías de la comunicación buscaron mermarse con la implementación de varios programas donde el sistema educativo se propuso formar ciudadanos y ciudadanas con visión a futuro, adecuándose a los mapas profesionales y laborales de la era 2.0. El primero fue el Programa Mi PC –Mi Primera Computadora–, dependiente del Ministerio de Industria y Turismo de la Nación. Su objetivo era conciso: reducir la brecha digital en zonas que no tenían acceso a Tecnologías de la Comunicación (Casa Rosada, 2011); culminó a fines de 2010.

En 2009, por resolución del Consejo Federal de Educación (CFE), se crea el Programa Nacional “Una computadora para cada alumno” que buscó incorporar una nueva tecnología como medio de enseñanza y aprendizaje, como herramienta de trabajo y como objeto de estudio.²² Cabe aclarar que nuestra postura no entiende a las tecnologías como “herramientas” sino como espacios de significación y producción, de lucha por el sentido o, en términos de Raymond Williams (1992), como instituciones sociales; por ello no podemos pensar a las tecnologías como meros espacios transparentes, sino desde “un lugar de complejidad, desde los atravesamientos de poder y desde los juegos entre las lógicas de diseño y las lógicas de usos de esas tecnologías” (Racioppe, 2012 :21). Es desde aquí que podemos pensar las brechas generacionales y cognitivas, las diversas maneras de apropiarse de determinados artefactos culturales o desentramar las pugnas sociales entre quiénes son los que siempre tuvieron acceso por posiciones de privilegio y quiénes, aunque sean nativos digitales, en la práctica se constituyen como inmigrantes digitales.

Como continuidad de este programa –y para cubrir el resto de las escuelas del país–, surge el Programa Conectar Igualdad²³, que consiste en distribuir computadoras personales a más de

²¹ OLPC, por sus siglas en inglés, refiere a una computadora por niño.

²² El Programa previó otorgar una computadora por alumno para uso individual en forma exclusiva dentro de la Institución y durante el ciclo lectivo (Murolo, 2014).

²³ Para profundizar en esta política pública, ver también el análisis que hacen María Sofía Bernat y Manuel Protto Baglione en el capítulo 1 de este libro, “Debates en torno a tecnologías de la comunicación ¿para el desarrollo?”.

cinco millones cuatrocientos mil estudiantes y docentes de escuelas secundarias de gestión pública, de educación especial y de institutos de formación docente (ANSES, 2016). “Las tecnologías se entregan en comodato para alumnos, alumnas y docentes, y como premio para alumnos y alumnas de escuelas secundarias que se reciban” (Murolo, 2014: 45). El objetivo era, por un lado, recuperar y valorizar la escuela pública; por otro, reducir las brechas digitales y educativas, garantizar la inclusión social y el acceso de todos a los mejores recursos tecnológicos y a la información; y, sobre todo, impactar en la vida de las familias (Murolo, 2014). Porque esta política pública viene a reconfigurar los modos en que muchas familias acceden y se apropian de las tecnologías de la comunicación. Porque, como sostiene Urresti (2008: 18), estas juventudes, beneficiarias directas de estos programas, vienen a empujar, en primer lugar “hacia los costados” la adaptación de las tecnologías, interactuando con pares; luego “hacia abajo”, con sujetos más jóvenes –hermanos o hermanas, primos o primas–; y, finalmente, “hacia arriba”; es decir, empujando a las generaciones mayores –padres, madres, tíos, tías, abuelos, abuelas– a interactuar, en este caso, con las computadoras.

Consideraciones finales

La brecha es constitutiva de lo humano; es la imposibilidad de una sutura social completa y cerrada. Pero también viene acompañada de las transformaciones del capitalismo contemporáneo desde donde se construyen los desequilibrios y se generan esas mismas brechas. Cuando hablamos de brechas ya nos salimos del campo de los estudios de juventud. La brecha es constitutiva de lo social y no sabe de rangos etarios o generacionales. En términos de Murolo (2014: 47), “la aparición de la brecha digital no hace más que maximizar las brechas sociales preexistentes”.

¿Un Estado puede reducir a cero la distancia entre los que pueden acceder a Internet o una computadora y los que no? Sí, pero aparecería una segunda brecha: la del uso, la de los excluidos por formación digital, económica o social. No obstante, hay autores como Javier Fernández del Moral (2012) que sostienen que existe una tercera “y última” brecha: la que separa el “conocimiento experto” y el “conocimiento social”. Consideramos que de ninguna manera se la puede catalogar como “última”, ya que está en relación con los marcos conceptuales desde los que nos formulamos las preguntas. Para otros autores, la “tercera dimensión” de la brecha digital es “el resultado de los usos de determinados servicios de Internet por algunos grupos poblacionales y no tanto las diferencias en el uso de este medio” (Robles, Molina y De Marco, 2012: 796) y hablan de una brecha digital política, separando a quienes participan políticamente en Internet y quiénes no lo usan con dicho fin.

En lo que concierne a investigaciones científicas o aportes de divulgación en torno a la brecha digital no hay un consenso definido sobre la *cantidad* de brechas, como si fuera necesario cuantificarlas para poder explicar su proceso de constitución; ni tampoco sobre algunas de sus significaciones. Desde nuestra perspectiva, entendemos que constantemente se categorizarán

diversas brechas para señalar a un otro, a veces estigmatizado; primero, amparándose en lo generacional –la niñez y las juventudes vs. el mundo adultocéntrico; los nativos vs. los inmigrantes digitales– y luego, en el conocimiento.

Lo importante es poder, en primer lugar, desnaturalizar la idea de que todo joven tiene competencias digitales; y después, desentramar las concepciones que entienden que las brechas se constituyen en grupalidades y necesariamente construyen su antagonismo. Las brechas también están hacia el interior de esas grupalidades y son invisibilizadas. En este sentido, entendemos que la categoría "nativo digital" sólo se puede aceptar contextualizada y situadamente. Porque si esto no sucede, caemos en totalizaciones como creer que todo joven es nativo digital por haber nacido en 1985 ó 1990. En este sentido, consideramos que se debería hablar de nativo digital sin generalizaciones –ni cronocentrismos– y haciendo foco en las condiciones de acceso y uso a las tecnologías digitales. De lo contrario se estaría negando la existencia de la brecha digital.

Si la web constituye un espacio clave para la producción social de sentidos, y aún más, para la construcción del espacio público, quienes no puedan acceder, tanto material como simbólicamente, serán los nuevos marginados (...), seguramente [la marginación] los atravesaba aún antes de la alta penetración de Internet en nuestra sociedad (Poiré, 2017: 21).

Ni todas las juventudes son nativos digitales ni todas las juventudes son "prosumidores" –acrónimo formado por la fusión de las palabras en inglés *producer* (productor) y *consumer* (consumidor), y se utiliza para designar a aquellas personas que producen a la vez que consumen–. Hoy existen una infinidad de aplicaciones móviles y páginas web que permiten participar, generar, producir y compartir contenidos pero requieren habilidades y competencias culturales para utilizarlas –brecha cognitiva–. En este sentido, la posibilidad de que más de dos millones de jóvenes hoy puedan acceder y utilizar las tecnologías de la comunicación –e insertarse y formar parte de otra cultura: la cultura digital– es una tarea que nuevamente le compete al Estado Nacional. Si bien, como hemos mencionado anteriormente, entre 2003 y 2015 en Argentina se han implementado políticas públicas de inclusión digital destinadas a mermar la brecha; hoy, con la mayoría de esos programas discontinuados, lo que antes fue un desafío ahora es una necesidad latente. Y justamente esas políticas públicas pudieron ver la coyuntura lejos de las epistemologías totalizantes: entendieron que dentro de una misma generación juvenil había desigualdad en torno a las tecnologías de la comunicación, reconociendo esas otras brechas sociales preexistentes y los modos diferentes y desiguales de ser joven.

Para seguir pensando

Como vimos a lo largo del capítulo es una preocupación del autor desnaturalizar ciertas ideas que forman parte del sentido común en relación a las juventudes y sus vínculos con comunicación y las tecnologías digitales. Para cumplir este objetivo el texto profundiza en el análisis de:

- La penetración de internet y las tecnologías de comunicación en la cotidianidad de los jóvenes.
- Los usos diferenciados de las tecnologías y las brechas que conllevan.
- Las categorías de nativos y migrantes digitales.

Ahora bien, para continuar con la apropiación conceptual de las categorías principales proponemos responder los siguientes interrogantes:

- Vincular la siguiente afirmación del autor con el concepto de brecha desarrollado en el capítulo: “En las juventudes, a mayor educación, mayor uso de las tecnologías de la comunicación; podríamos sostener que hay una relación cuasi proporcional entre ambas variables”.
- ¿Qué implicancias conceptuales tienen las categorías de nativos e inmigrantes digitales?
- ¿De qué modo se expresan las brechas digitales en el caso de la Argentina?
- ¿Cuál es el concepto de tecnologías que propone el autor a lo largo del capítulo para pensar la relación juventudes y comunicación digital?

Para finalizar, nos interesa poder pensar ejemplos en los cuales se observan diferencias en los usos y apropiaciones de las tecnologías por parte de jóvenes. En este sentido, invitamos a seleccionar una práctica, describirla y problematizarla a partir de los siguientes disparadores:

- ¿Qué usos diferenciados realizan los jóvenes en la práctica seleccionada?
- ¿De qué brechas nos hablan esas diferencias?
- ¿Qué diversidad de jóvenes encontramos en la práctica analizada más allá de reconocerlos como nativos digitales?
- ¿Existen programas destinados a reducir las brechas que reconocimos al analizar la experiencia?

Referencias bibliográficas

AGUERRE, C., BENÍTEZ LARGHI, S., CALAMARI, M., FONTECOBA, A., GAZTAÑAGA, M., MOGUILLANSKY, M., ORCHUELA, J. y PONCE DE LEÓN, J. (2010). La apropiación de las TIC por jóvenes de sectores populares urbanos en espacios de acceso público. *Revista Argentina de Estudios de Juventud* (3). Recuperado de: <https://goo.gl/y69eX7>.

- ANSES (2016). ANSES noticias. Argentina: *Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES), Presidencia de la Nación*. Recuperado de: <https://goo.gl/4jVSt8>.
- CASA ROSADA (2011). Página web del Programa Mi Pc. Argentina: *Casa Rosada, Presidencia de la Nación*. Recuperado de: <https://goo.gl/jsE7Yg>.
- CASTELLS, M. (2001). *La galaxia Internet*. Areté. Barcelona.
- CASTELLS, M. [1997] (2000). *La sociedad red. La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol 1*. Alianza. España. Recuperado de: <https://goo.gl/Ti4Cnd>
- DÍAZ LARRAÑAGA, N., GRASSI, L. y MAININI, C. (2011). Socialidad: los modos de apropiación del espacio público. *Revista Question*, 1(29). Recuperado de: <https://goo.gl/b9NQWw>.
- EPJ-DPE (2017). *Encuesta Provincial de Juventud 2016 de la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, La Plata. Recuperado de: <https://goo.gl/V4qtS6>.
- FERNÁNDEZ DEL MORAL, J. (2012). Importancia del periodismo de calidad en el mundo digital. *Revista Telos. Cuadernos de Comunicación e Innovación*, 91. 6 - 8. Recuperado de: <https://goo.gl/yMsRsb>.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo. México.
- INDEC (2015). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010, procesado con Redatam+SP*. Buenos Aires. Recuperado de: <https://goo.gl/mDbem7>.
- INDEC (2015b). *Encuesta Nacional sobre Acceso y Uso de Tecnologías de la Información y la Comunicación (ENTIC)*. Buenos Aires. Recuperado de: <http://bit.ly/2jX1LyK>.
- INDEC (2017). *Informes Técnicos vol. 1 n° 167. Ciencia y tecnología vol. 1 n° 1. Acceso y uso de tecnologías de la información y la comunicación*. EPH. Buenos Aires. Recuperado de: <http://bit.ly/2BsKUxC>.
- INTERNET WORLD STATS (2017). Internet Usage and Population in South America. Estados Unidos: *Internet World Statistics*. Recuperado de: <https://goo.gl/qTnGYB>.
- LAGO-VÁZQUEZ, D., DIREITO-REBOLLAL, S., RODRÍGUEZ-VÁZQUEZ, A., y LÓPEZ-GARCÍA, X. (2016). El consumo millennial de información política en televisión y redes sociales. Análisis de la campaña Elecciones Generales en España 2015. *Revista Latina de Comunicación Social*, 71, (1.151 a 1.169).
- MARGULIS, M. y URRESTI, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En Cubides, H., Laverde, M.C. y Valderrama, C. (Ed.), *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (3-21). Universidad Central - Siglo del Hombre Editores. Bogotá.
- MARTIN, V. (2016). Conectar y empoderar. *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, (10), e012. Recuperado de: <https://goo.gl/uTp2Lq>.
- MORDUCHOWICZ, R. (2012). *Los adolescentes y las redes sociales: la construcción de la identidad juvenil en Internet*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- MUROLO, L. (2014). *Hegemonía de los sentidos y usos de las tecnologías de la comunicación por parte de jóvenes del conurbano bonaerense sur. Estudio realizado en Quilmes 2011 – 2014* (Tesis doctoral inédita). Recuperado de Sedici: <https://goo.gl/3U26E>.

- OBSERVATORIO DE LA JUVENTUD GCABA (2014). *Encuesta Joven 2014*. Dirección General de Políticas de Juventud. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Recuperado de: <http://bit.ly/2wyfmBs>.
- OBSERVATORIO DE LA JUVENTUD GCABA (2016). *Encuesta Joven 2016*. Dirección General de Políticas de Juventud. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Recuperado de: <http://bit.ly/2Cdydn5>.
- PISCITELLI, A. (2008). Nativos digitales. *Contratexto*, 16, (43–56). Recuperado de: <https://goo.gl/bK1Tve>.
- POIRÉ, M. (2017). Más allá del acceso material: inclusión digital y políticas públicas. En Arce, D., Guiller, Ch., y Racioppe, B. (Ed.), *Hilos de Ariadna en la red. Brújulas de sentido para abordar lo tecnológico* (18 - 40). Recuperado de: <https://goo.gl/3r26Ws>.
- PRENSKY, M. (2001). Digital natives, digital immigrants. *On the Horizon*, 9(5), 1-6.
- RACIOPPE, B. (2012). *Liberar, compartir, derivar. Cultura libre y Copyleft: otros modos de organizarse para gestionar lo cultural-artístico* (Tesis de Maestría). Recuperada de Sedici: <https://goo.gl/BhCedK>.
- ROBLES, J., MOLINA, O., y DE MARCO, S. (2012). Participación política digital y brecha digital política en España. Un estudio de las desigualdades digitales. *Revista ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188(756), 795 - 810. Recuperado de: <https://goo.gl/LCzCYF>.
- SAINTOUT, F. (2013). *Los jóvenes en la Argentina: desde una epistemología de la esperanza*. Universidad Nacional de Quilmes. Bernal.
- SCOLARI, C. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Gedisa. Barcelona.
- SLOTNISKY, D. (17 de agosto de 2015). ¿A qué edad deben tener un celular los niños?, *Lanacion.com.ar*. Recuperado de: <https://goo.gl/1GKcEP>.
- URRESTI, M. (2008). Ciberculturas juveniles: vida cotidiana, subjetividad y pertenencia entre los jóvenes ante el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información. En M. Urresti (Comp.), *Ciberculturas juveniles: los jóvenes, sus prácticas y sus representaciones en la era de Internet* (13-68). La Crujía. Buenos Aires.
- URRESTI, M., LINNE, J. y BASILE, D. (2015). *Conexión total. Los jóvenes y la experiencia social en la era de la comunicación digital*. Grupo Editor Universitario. Buenos Aires.
- WILLIAMS, R. (1992). Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales. En Williams, R. (Ed.), *Historia de la comunicación* (181-210). Ed. Bosch. Barcelona.
- WINOCUR, R. (2006). Internet en la vida cotidiana de los jóvenes. *Revista Mexicana de Sociología*, 68(3), 551-580.

Bibliografía ampliatoria

- APPADURAI, A. (2001). *La modernidad desbordada*. FCE, Buenos Aires.
- BARICCO, A. (2011). *Los Bárbaros. Ensayo sobre la mutación*. Editorial Anagrama. Barcelona. (3a edición).
- BARLOW, J.P. [1996] (2009). "Declaración de independencia del ciberespacio" en *Periférica Internacional*. Revista para el análisis de la cultura y el territorio, núm. 10. Recuperado de: <https://revistas.uca.es/index.php/periferica/article/view/943/796> Última consulta: 8/4/2018.
- BARRERO TISCAR, A. (2013). "TIC, movilización ciudadana y democracia: el papel de las redes sociales" en Manuela Mesa (coord). *Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales*. Anuario 2012-2013, CEIPAZ - Fundación Cultura de Paz, Madrid.
- BENÍTEZ LARGHI, S. (2013). "Los sentidos de las políticas públicas tendientes a la universalización del acceso a las tecnologías digitales: el caso del Programa Conectar Igualdad"; *Cuestiones de Sociología*, nº 9.
- BENJAMIN, W. (2003) [1936]. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Itaca. México.
- BERGERO TRPIN, T. (2015). "La era de la Convergencia" en *Continuum un viaje por el universo narrativo de El Eternauta*; Tesis Licenciatura en Comunicación Social, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- BERMAN, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- BUSANICHE, B. (et. al) (2010). *Argentina Copyleft: la crisis del modelo de derecho de autor y las prácticas para democratizar la cultura*. Fundación Vía Libre- Fundación Heinrich Böll - Cono Sur.
- BUSANICHE, B. (et. al) (2007). *Monopolios artificiales sobre bienes intangibles*. Fundación Vía Libre. Córdoba.
- CASTELLS, M. (2001). *La Galaxia Internet*. Areté. Barcelona.
- DEBORD, G. (1967). *La sociedad del espectáculo*. Champ Libre. París.
- ENTEL, A.; LENARDUZZI, V. y GERZOVICH, D. (1999). *Escuela de Frankfurt. Razón, arte y libertad*. Eudeba. Buenos Aires.
- GARCÍA HUERTA, D. (2014). "Las imágenes macro y los memes de internet: posibilidades de estudio desde las teorías de la comunicación" en *Paakat: Revista de Tecnología y Sociedad*. Año 4, núm. 6, marzo-agosto 2014.

- GONZÁLEZ FRÍGOLI; M. y POIRÉ, M. J. (2011). "Transformaciones, debates y nuevos interrogantes al ritmo de la Sociedad de la Información" en González Frígoli; M. y Poiré, M. J.; Otrócki, L. (comp) *Cuestiones de la sociedad de la información, sociedad de la comunicación y sociedad del conocimiento. Viejas y nuevas tecnologías*. IICOM-EPC. La Plata.
- GONZÁLEZ FRÍGOLI, M. Y RACIOPPE, B. (2015). "Investigación y formación en comunicación en los nuevos territorios digitales" en *Oficios Terrestres*, 1(33), 39 - 49. Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/oficiosterrestres/article/view/2634>
- HACHÉ, A. (ed) (2014). *Soberanía tecnológica. Dossier Ritimo*. Recuperado de: <https://www.ritimo.org/IMG/pdf/dossier-st1-es.pdf> Último acceso: 9/4/2018.
- JENKINS, H.; FORD, S. y GREEN, J. (2015). *Cultura transmedia: La creación de contenido y valor en una cultura en red*. Gedisa. Madrid.
- JIMÉNEZ, J. (2002). Cap. 2 "La invención del arte. El término Techné" en *Teoría del arte*. Tecnos-Alianza. Madrid.
- LABATE, C. y ARRUETA, C. (Comp.) (2017). *La Comunicación Digital. Redes sociales, nuevas audiencias y convergencia: desafíos y oportunidades para la industria, el Estado y los usuarios*. Jujuy: EDIUNJu.
- LAGO MARTÍNEZ, S. (2012). "Comunicación, arte y cultura en la era digital" en Lago Martínez, Silvia (comp.). *Ciberespacio y resistencias. Exploración en la cultura digital*. Hekht Libro. Buenos Aires.
- MARTÍN BARBERO, J. (1988). *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. Gili. México.
- MATO, D (2000). "Desfetichizar la "globalización": basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y la práctica de los actores" Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/mato2/mato.pdf> Último acceso: 9/4/2018.
- MILLER, T. y MAXWELL, R. (2005). *El nuevo Hollywood. Del imperialismo cultural a las leyes del marketing*. Paidós. Barcelona.
- MORLEY, D. (2008). *Medios, Modernidad y Tecnología*. Gedisa. Barcelona.
- MUROLO, N. L. (2015). "Del mito del Narciso a la selfie. Una arqueología de los cuerpos codificados" en *Palabra Clave*, vol. 18, núm. 3, septiembre.
- ORTIZ, R. (1998). *Otro Territorio*; Andrés Bello, Bogotá.
- RUEDA ORTIZ, R. (2012). "Ciberciudadanía, multitud y resistencias" en Lago Martínez, Silvia (comp). *Ciberespacio y resistencias*. Hekht Libros. Buenos Aires.
- SCOLARI, C. (2015). *Ecología de los medios: de la metáfora a la teoría (y más allá)*. En SCOLARI, C. (Ed.). *Ecología de los medios. Entornos, evoluciones e interpretaciones*. Gedisa. Barcelona, España.
- TREJO DELARBRE, R. (2006). *Viviendo en El Aleph. La Sociedad de la Información y sus laberintos*. Gedisa. Barcelona.
- WELSCHINGER LASCANO, N. (2017). *Dinámicas educativas y nuevas tecnologías: la política de inclusión digital en una escuela de La Plata*. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, Vol. 28, Nº 55.
- ZÁTONYI, M. (2007). *Arte y creación. Los caminos de la estética*. Capital Intelectual. Buenos Aires.

Filmografía

KUBRICK, S. (1968) *2001: Una odisea del espacio*
WACHOWSKI, A. y WACHOWSKI, L. (1999). *Matrix*
HOOPER, W. T. (1982). *Poltergeist*
JONZE, S. (2013) *Her*
WOODY ALLEN (1987) *Días de Radio*
WNENDT, D. (2015) *Ha vuelto*